P. PICA Y PECA

EL RECOMEN 1

230806



COLECCIÓN INOCENTE 10 CTS.

1
230806

47 / 1436194

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

EL RECOMENDADO

I

CARLOS EL CONQUISTADOR

Carlos Menéndez, andaluz del propio Sevilla, trasladó su campo de operaciones a Madrid, buscando mayor espacio para sus conquistas amorosas. En la villa y corte se hizo popular a los cuatro días, pues gracias a su ingenio y buen ángel se granjeó amistades y simpatías sin cuento : a los hombres los encantaba con su charla pintoresca y divertida y a las mujeres las mataba con la vista.

Pero no adelantemos los acontecimientos...

Hijo de una distinguida familia sevillana, el niño mimado de toda ella, recibió una educación esmeradísima y como el chico tenía talento natural, pronto se asimiló las enseñanzas que le dieran sus profesores y terminados sus estudios se entregó al *dolce far niente,* a disfrutar de las pingües rentas de sus padres y a hacer el calavera y algún verso que otro, porque a Carlitos le dió por la literatura y entre conquista y conquista hilvanaba un drama terrorífico o una sarta de sonetos que tiraba de espaldas.

R3189518

Sus amigos aseguraban que tenía excepcionales condiciones para dramaturgo y le auguraban un porvenir brillantísimo en el teatro, pero no en Sevilla, campo harto limitado para sus elucubraciones, sino en Madrid, cuna y centro del arte, universidad de cuyas aulas sale con el aprobado de la crítica la obra que con tal marchamo puede dar la vuelta a España y enriquecer a su autor: estrenar con éxito en Madrid es adquirir renombre y dinero, ambas cosas muy necesarias en los tiempos modernos, especialmente la segunda.

Carlos libró sus primeras batallas escénicas en su país natal, y el teatro del Duque fué testigo de las merecidas ovaciones que le prodigó el público entusiasmado.

Los revisteros locales aseguraron bajo su firma en la prensa diaria que Carlos Menéndez dejaría muy pronto en mantillas a los más famosos dramaturgos, y que *cortaría el bacalao* si le daba por irse a la corte, donde brillaría como estrella de primera magnitud.

Tales éxitos y tales pronósticos llenaron de satisfacción a la familia y los padres mismos le aconsejaron al próximo genio que hiciese la maleta y ahuecase el ala. Por dinero no había de quedar.

—Primero iré a Córdoba—dijo Carlos—, y de allí me encaminaré a Madrid.

—¿Es que vas a consultar algún argumento con el Guerrita?—le preguntó su padre, que había sido admirador del famoso diestro y creía que lo mismo que pudo matar aquél un miura en sus tiempos, podría ahora escribir un drama en siete u ocho actos. ¡Lo que ciega la pasión!

—No, señor — replicó Carlos—. Es que la compañía se traslada a la capital de los califas y va a estrenar allí mi drama y me ha rogado el director que asista a la representación para darle mayor solemnidad al espectáculo.

En parte decía verdad, pero...

Como Carlos era un muchacho simpático, con una caída de ojos que dislocaba y que hubiese admirado el propio señor Gorriz, autor del método conquistador de su nombre, resultó que había flechado a la primera actriz y, cosas de la juventud, se propuso seguirla hasta el fin del mundo, lo cual se dice más pronto que se hace, generalmente.

Se nos olvidaba decir, porque el detalle casi carece de importancia, que la primera actriz estaba casada con el primer actor: una pareja de primera.

La noche de la despedida de la compañía fué un poco movidita.

Carlos asediaba a la hermosa artista, porque desde luego habrá comprendido el lector que la chica era apetecible y tal; de otro modo no se hubiese molestado en hacerle el amor el joven.

Siempre entre bastidores, mosconeando, llamando la atención de la característica, que rabiaba de celos aparte, porque el autor no se había dignado hacerle el amor a la damita joven, su hija, si que también algo chata y flacucha, Carlitos no dejaba a sol ni sombra a su amada en ciernes.

—¡Pero, cállese usted, demonio!—le decía ella, por lo bajo, cuando hacía algún mutis—. ¿No ve usted que está llamando la atención?

—¡Si no puedo contenerme, Elisa mía!

—¡Elisa mía... Elisa mía...!—repetía ella

con mimo y haciéndose la ofendida—. ¡Eso quisiera usted, mal poeta!

—¡Usted sí que es mala para mí! ¡Ingrata! ¡Si no fuera porque no estamos solos...!

—¿Qué?—preguntóle ella, provocativa.

—¡Que le daría a usted un abrazo...!

No llegó a intentar la acción siquiera, porque era prudente, en lo que cabe, dados sus pocos años; pero la casualidad cometió una imprudencia, que a él le vino de perilla; la casualidad en forma de un par de tramoyistas que al transportar un trasto le dieron un empujón que le hizo caer sobre Elisa. Excusamos decir que el hombre se aprovechó y no protestó lo más mínimo de la torpeza de los dependientes del escenario.

La característica no perdió aquel detalle y se acordó de nuevo de su pobre hijita, la dama joven algo chata.

Terminó el drama y todos los cómicos se retiraron a sus cuartos respectivos para desnudarse y hacer el equipaje, puesto que al otro día debían emprender su viaje a Córdoba.

Ella despidió a Carlos con una sonrisa y él la vió encerrarse con su marido, porque, como matrimonio, habitaban en el mismo cuarto.

—¡Malas *puñalás* te den! — murmuró, sin poder contenerse.

Pero no se retiró del escenario. Carlos era un *vivales* y se había propuesto convencerse aquella misma noche de si Elisa se burlaba de él o efectivamente le quería.

Saliendo y entrando nerviosamente en los cuartos de los hombres, que como hombres solos y bastante frescos, por lo general, tenían

abiertas las puertas de par en par, espiaba, atisbaba, vigilaba, meditaba...

Se oyó la voz del primer actor, al mismo tiempo que rechinaba el cerrojo.

—Bueno—decía—, mientras tú haces el equipaje yo voy a contaduría a liquidar y allí te espero, para irnos a dormir.

Dibujóse una sombra en el pasillo del escenario, que estaba a obscuras. Era el cómico que se iba.

Cerróse de nuevo la puerta del cuarto de Elisa, pero no se oyó el rechinar de la cerradura.

¡Si les digo a ustedes que las mujeres saben más que Lepe, Lepijo y su hijo...!

Carlos no se durmió en las pajas: disimulándose, como un ladrón, se encaminó cautelosamente al cuarto de Elisa. Nadie podía verle, porque probablemente nadie tampoco se ocupaba de él.

Llegó a la puerta, empujó suavemente y se oyó un grito, pero un grito de artista enamorada, es decir, que fué fingido casi, pues apenas salió de su garganta.

Elisa estaba desnudándose coquetonamente: se hallaba frente al espejo, que retrataba sus bellezas delanteras o sean esas dos cosas que más sobresalen, cuando sobresalen, por su amplitud y rigidez del busto de la mujer, y vió a Carlos cuando abría la puerta.

Este cerró rápido y se lanzó sobre ella, haciéndola callar de la manera más contundente de que se valen los enamorados, o sea uniendo su boca a la de la artista, en frenético, dilatado y silencioso beso.

Y cuando creyó que la había convencido y

acallado la besó en el cuello, en los hombros, en la espalda, en los pechos, mordiendo, con esa mordedura enervante que excita más cuanto mayor es el ansia en el que muerde y en la que se cree así mejor acariciada.



...la besó en el cuello, en los hombros...

Y es que hombres y mujeres llevamos adormido en nuestro ser eso que hemos dado en llamar la bestia humana y que no es otra cosa que la virilidad excitada, el amor verdadero y natural, la pasión ardiente... Y que no nos falte en muchos años, para delectación de todos.

Amén.

II

APROVECHANDO

—Pero, Carlos, ¿se ha vuelto usted loco?—exclamó Elisa toda sofocada y con los ojos brillantes por la lujuria.

Quería arreglarse un poco, cubrir sus desnudeces superiores, ¡y tan superiores como eran!, pero el joven no la dejaba hacer; por el contrario intentaba aligerarla más de ropa por los pisos bajos, contando con el principal, que era lo principal para él y para cualquiera que se hubiese hallado en su caso.

—¡Salga usted, o grito!—dijo con entonación equívoca la artista.

—¡Ni saldré ni gritará usted, porque la haré callar así...!

Y volvió a arrojarse sobre ella y de nuevo la besó en la boca, abrazando a la vez aquel talle suave y aquellos pechos descubiertos, cuyos botones sonrosados habían adquirido la dureza, la erección que indica la hora sexual de la mujer.

Ya hemos convenido hace una barbaridad de tiempo en que cuando una persona se siente enamorada pierde la chaveta, la cabeza, y comete mil locuras y disparates; pero hay que convenir también en que a veces es una gran suerte para los enamorados perder los pies, porque les puede ocurrir lo que a nuestros protagonistas.

Como el cuarto era pequeño, cual lo son generalmente todos en el teatro, y estaba obstruído por baúles, sillas por en medio y montones de ropa preparada para embanastar, forcejean-

do Elisa por deshacerse de Carlos y queriendo ésta estrecharla más y más, tropezaron en los obstáculos y sin poderlo evitar dieron con sus cuerpos en tierra, con tan infeliz fortuna que la actriz cayó de mala manera.

Para Carlos cayó bien, sin embargo.

... ...
... ...

La elocuencia de estos puntos suspensivos releva al autor de entrar en detalles enojosos para el lector, porque eso de referir hazañas ajenas es burlarse de él, poniéndole los dientes de punta y obligándole a cerrar el libro para echarle mano a lo primero que encuentre.

Y la verdad, no le vemos la punta.

La escena fué rápida y jugosa... vamos, que tuvo todo el sabor que suelen tener escenas semejantes, según hemos tenido ocasión de observar, cuando la hemos logrado, por nuestra parte.

—¡Pero, Carlos, basta ya! Déjame, déjeme usted!—exclamaba Elisa toda sofocada y jadeante—. ¡Me está esperando...! ¡Puede venir...!

—¡Si es que me has enloquecido, divina criatura!—objetaba él, besándola con frenesí.

—¡Márchese usted!

—¿Me hablas de usted?

—Bueno, márchate, ya nos veremos. ¿No te vienes con nosotros a Córdoba?

—¡Y al fin del mundo me iría contigo!

—Pues ya hablaremos, ya nos entenderemos...

—¿Más todavía?

—Sí, hay que adoptar precauciones; es muy celoso y muy bruto y nos mataría...

—Dile que no mate más y que quite el pistón.

—Bien, bien; adiós, hasta la vista; mucha prudencia y disimulo...

Y se despidieron con un prolongado beso.

Salió Carlos del cuarto donde acababa de alcanzar la dicha anhelada y atravesó el obscuro pasillo que del escenario conducía a la puerta de salida de los artistas y dependencias.

En el camino tropezó con un bulto.

—Usted perdone—dijo sin saber a quién se dirigía.

—No hay de qué, Carlitos; que aproveche —replicó el bulto.

Era la característica, que se había dado cuenta de la combinación y se enteró de casi todo, porque algunas cosas no pudo verlas, como es consiguiente.

La mamá de la damita joven había de ser muy funesta para el galán. Eso de no haber querido hacerle caso a su hija...

El feliz autor llegó a su casa radiante de alegría y se dispuso a hacer también su equipaje, para acompañar a los cómicos hasta Córdoba y desde allí engolfarse en el soñado y anhelado Madrid de sus ilusiones.

Durmió como duerme el hombre joven y feliz, sin preocupaciones ni sobresaltos, de un tirón.

Al día siguiente fué lo bueno, es decir, lo más sensible: la despedida. La familia lloraba a moco tendido y le daba sendos consejos y hermosos billetes de banco, que era lo principal para él.

Ya iremos a verte muy pronto—sollozaba la madre, sin poder contenerse.

—Sí—agregaba el padre, un señor a quien azoraba la escena, pues las lágrimas que involuntariamente corrían por sus mejillas, llegaban hasta el bigote y se lo desteñían escandalosamente— ; al primer drama que estrenes nos tienes allí de cabeza.

—Estrenaré, estrenaré—repetía Carlitos un tanto emocionado, besuqueando a sus progenitores—. Poco he de poder o dentro de un mes se ocupará de mí la prensa : el tiempo de ofrecer una obra, ensayarla y ponerla en escena : tengo buenas aldabas, sin contar con que llevo un drama inédito que ha de promover un alboroto.

Carlos mentía piadosamente, para contentar a sus padres, porque ni tenía tal drama terminado, ni pretendía más sino que se estrenase una vez escrito, con pasadero éxito, lo cual era ya bastante pretensión.

Llegó el abrazo final y su consiguiente apoteosis, y Carlos montó rápido en el coche que había de conducirle a la estación.

—¡ A Córdoba !

Y agitando el pañuelo, en señal de postrera despedida, se arrellanó en el asiento y entusiasmado pensó en Elisa, en su adorada Elisa, y en las horas de placer que le esperaban a su lado.

Pero no contaba con la característica...

III

TIERRA POR MEDIO

Debutó la compañía en Córdoba *reprisando*, como ahora se dice, el drama de Carlitos estrenado en Sevilla, que obtuvo lisonjero éxito.

Pero el autor sólo había tenido ocasión de apretarle la mano más de lo regular a Elisa, cuando le llamaron a escena : se cambiaron algunas miradas de inteligencia y pare usted de contar.

Culpa de todo era la característica, que no perdía de vista a los amantes y tan pronto los veía juntos entre bastidores se presentaba de improviso con cualquier pretexto y les destrozaba la combinación. Aquello acabó por preocuparles y ponerlos en guardia.

—¡ Ojo con la tía esa !—le dijo Carlos en un revuelo a Elisa—. Está sobre la pista y me temo que nos dé un disgusto.

Terminado el espectáculo, el marido se marchó, como de costumbre, a contaduría y los artistas empezaron a desnudarse rápidamente para abandonar cuanto antes el teatro.

El enamorado autor se quedó en acecho, y así que dejaron a obscuras o poco menos el escenario, penetró resueltamente en el cuarto de Elisa, que de seguro lo esperaba, por cuanto no había cerrado con llave la puerta.

Abrazáronse efusivamente los dos amantes y rápidos, como el ladrón que teme ser sorprendido en su criminal faena, se juraron amor eterno, se besaron con prolongados y apasionados besos y quedaron convenidos en verse al

otro día a solas y con tranquilidad para dar rienda suelta a su cariño.

—¿Luego me amas de veras?—le preguntó Carlos, enajenado.

—¡Juzga por mi sacrificio! — replicó ella, sedienta de caricias.

—¡Amor mío!

—¡Vete, Carlos; no estoy tranquila... puede venir...! ¡Esa mujer...!

—¡Ya se marchó hace rato! La he visto yo salir. ¡No hay peligro! ¡Anda!

—No, no; ahora no—repetía ella, resistiéndose.

Pero Carlos la había dominado con su irresistible mirada y con el manejo que se traía con las manos. Para las conquistas no tenía rival el chico. El Señor nos libre.

Aquí vendría bien la consabida línea de puntos suspensivos, pero habría que dejarla en suspenso en la mitad del camino, porque en la mitad de la faena se abrió violentamente la puerta, que los amantes habían olvidado de cerrar con llave, e hizo irrupción en el cuarto el propio marido de la medio interfecta, descompuesto, echando por aquella boca una de interjecciones y frases de grueso calibre que dejaron aterrorizados a los contendientes.

En la penumbra se dibujaba la silueta de la característica, riendo al estilo de Mefistófeles. Ella había sido la delatora.

Lector, cuando te tropieces con una mujer así, carga con la hija, por muy chata que sea, y te evitarás disgustos semejantes. Huye de las características y agárrate a las damitas jóvenes.

Hubo un momento de estupor y de silencio; el marido seguía descompuesto; los otros dos se componían rápidamente, ocultando su vergüenza. Carlos buscaba una salida decorosa, pues no le parecía correcto tirarse por la ventana que daba al guardarropa. Elisa se acordaba de los escotillones, por donde había desaparecido en más de una tragedia, pero el movimiento aquel era inaceptable.

El esposo ultrajado se cruzó de brazos, como hacía don Tancredo en sus buenos tiempos estatuarios y después de pasear su mirada iracunda de uno a otra y viceversa, le dió un bofetón a su esposa que la hizo rodar por el suelo, a la vez que lanzaba por la boca cada inmundicia contra su mamá y demás distinguida familia que horrorizaba.

Carlos no pudo contenerse y acordándose de lo que dice su maestro Echegaray por mediación del personaje de uno de sus dramas más populares: «En defensa de una dama—cualquira que tenga honor», se lanzó sobre el cómico y cayeron luchando al suelo, revolviéndose los tres en confuso y poco honesto y pacífico montón.

Ninguno daba reposo a las manos y a la lengua y aquello parecía un campo de «bramante», como dijo el otro.

La característica aproximóse a la puerta, para solazarse ante su obra y llevó su mala intención hasta el extremo de darle vuelta disimuladamente al conmutador y dejarles a obscuras.

Se equivocó de medio a medio, porque del fondo de aquellas tinieblas surgió un rayo de luz para Carlitos; es decir, que aprovechando la obscuridad, logró desasirse de su contrin-

cante y dando un salto pudo ganar la puerta, derribó a la característica, que junto a ella estaba, y como alma que lleva el diablo salió corriendo por el obscuro pasillo, sin volver la vista atrás y a poco se halló en la desierta calle, maltrecho y asendereado.

Refugióse en un bar noctámbulo, ocultándose prudentemente en un reservado, por si al cómico le daba la mala idea de caer por allí y



Y al apurar la segunda cerveza...

repetir la escena, y en el reducido cuartucho, solo, frente a un doble de dorada cerveza, reflexionó maduramente, pesó el pro de la hermosura de Elisa y el contra de los porrazos que podía darle el marido, cuando le sorprendiese en el cercado ajeno, y optó por cortar por lo sano. Tenía que ir a Madrid y cuanto antes llegase a la corte más pronto empezaría a subir la empinada cuesta que había de con-

ducirle a la gloria y más libre estaría de los achuchones de aquel energúmeno.

Y al apurar la segunda cerveza tenía ya su resolución tomada, definitiva y radical.

—¡A Madrid!—exclamó, dando un puñetazo entusiasta sobre la mesa y despertando al camarero, que acudió rápido creyendo que le llamaban.

—¿Qué hace falta?

—Nada, no he llamado. Es decir... oye, tráete otro doble.

Volvió al punto el criado con la consabida cerveza.

—Escucha, buen mozo; vamos, mozo bueno y simpático: ¿A qué hora pasa por aquí el rápido de Madrid?

—A las dos menos diez.

—Es la una y media—pensó—: tengo tiempo... el equipaje está hecho... de aquí a la fonda hay poca distancia... Nada, que me voy en el rápido.

El camarero esperaba la resolución del cliente.

—Búscame un coche.

—Al momento.

Y en efecto, a los pocos minutos paraba un coche a la puerta del bar.

Carlos pagó, llegó a la fonda, liquidó su cuenta y provisto de su billete de primera se metió en el vagón, cuya portezuela le abrió somnoliento un empleado ferroviario.

Por la desierta y poco alumbrada estación resonó el estridente silbato de la locomotora, y el monstruo de hierro estiró sus titánicos miembros y se puso pesadamente en marcha al principio; en seguida adquirió la velocidad regla-

mentaria, devorando distancias, pasando como una exhalación por las estaciones de ínfima categoría, cruzando pueblos adormidos, llanuras áridas, campos floridos, sin luz ni brillantez a aquellas horas...

El tren seguía corriendo, corriendo...

IV

AMOR A GRAN VELOCIDAD

Carlitos penetró en el vagón y avanzó con precaución, porque estaba completamente a obscuras : la luz del techo hallábase velada por la cortinilla verde que se acostumbra a echar cuando el viajero está durmiendo.

Dió algunos pasos y tropezó con maletas y mantas : indudablemente el departamento estaba ocupado por algún pasajero.

Entonces, para orientarse, descorrió la cortinilla, y se hizo la luz.

—¿Pero, qué hace usted, caballero? — dijo una voz femenina.

—Señora, ya lo ve usted — contó Carlos—. Colocar mi equipaje en su sitio y tomar asiento, para lo cual necesitaba luz. Dispense usted si la he molestado.

Fijóse entonces en su interlocutora, que estaba acostada en el otro extremo del departamento, envuelta en ricas mantas de viaje, y que se había incorporado al descorrerse la cortinilla.

Era una mujer hermosísima, de porte distinguido y de buena posición, a juzgar por el lujo con que vestía y el equipaje que llevaba.

Carlos soltó las correas de su portamantas y se dispuso metódicamente a confeccionarse un lecho relativamente confortable, hecho lo cual se dirigió a la lámpara para volverla a cubrir con la cortinilla y matar así toda claridad, para no molestar en su sueño a su linda compañera.

—¿Pero qué va usted a hacer ahora?—exclamó ella, incorporándose por completo y enseñando una hermosa pantorrilla al querer desenvolverse de las mantas que la cubrían.

—Apagar la luz—replicó Carlos, quedándose parado y fijándose con más detenimiento en la viajera.

—¿Es que le gusta la obscuridad?—volvió a preguntarle.

—¡Ya lo creo! ¡De otro modo no podría dormir.

—¡Vaya una galantería!

—Así lo entiendo, señora. Usted dormía, yo he venido momentáneamente a interrumpir su sueño... ¿Qué cosa más natural que no molestarla, para que vuelva otra vez a conciliarlo?

—Lleva usted razón, caballero ; muchas gracias, pero ya me he desvelado y leería de buena gana un ratito más... ¡Me gusta tanto este libro...!

Carlos fijóse en la cubierta : era una novela de uno de nuestros más populares autores sicalípticos.

—¡Leer a estas horas!—arguyó el joven—. Piense usted que son las dos de la madrugada.

—¡Pero si es que estaba en el capítulo más interesante! Vamos, sea usted complaciente... Déjeme usted la luz siquiera media horita...

—Vaya por la media hora, pero a las dos y treinta apago y a dormir todo dios.

—¡Lo que usted quiera!—dijo ella con mimo.

Y abandonando su asiento se colocó debajo de la luz para ver mejor, quedando, por lo tanto, frente a frente los dos jóvenes.

Verdaderamente era una soberbia mujer, capaz de volver loco al más insensible de los hombres: especialmente los ojos trastornaban a cualquiera, y no hablemos nada del frontispicio, porque era de unos salientes excitantes y tentadores.

Carlos, como el que no hace la cosa, estiró negligentemente los pies y las rodillas llegaron a juntarse sin que ella exhalase la menor protesta; no correspondía a las señas del joven, pero le dejaba hacer, tal vez enfrascada en la interesante lectura o porque el pasaje que leía tuviese alguna relación con aquel contacto, precursor muchas veces de las batallas amorosas a que siempre están dispuestos hombres y mujeres.

Sin embargo, la situación resultaba un tanto monótona, porque la lengua permanecía muda.

¿Quién sería aquella mujer?

Carlos la examinaba atentamente, la admiraba y se preguntaba si se hallaría frente a una señora casada, frente a una doncella o frente a una cocota. De todo tenía al parecer.

Trató de dormirse, pero lo consideró incorrecto y se resignó a esperar que transcurriese la media hora de plazo concedida.

De pronto sacó el reloj y exhibiéndolo ante la desconocida exclamó con gravedad cómica:

—Ha sonado la hora; son las dos y media; buenas noches, señora.

Y como los traidores de sus melodramas, Carlos se levantó grave y cejijunto y de un solo golpe corrió la cortinilla, dejando el vagón sumido en completa obscuridad.

—¡Es usted un hombre rígido, mal caballero! Ahora que llegaba el momento más culminante... Le aborrezco—exclamó la otra con coquetería y a obscuras.

Carlos se atrevió a cogerla una mano, que ella no retiró.

—¿Pero qué hace usted? ¡Me da usted miedo!

—¡Tan feo soy!

—¡Yo qué sé, si no me ha dado tiempo para fijarme en usted!

—¡Pero yo la he visto y sé que es usted encantadora, preciosa, divina!

Y quiso atraerla hacia sí para besarla.

—¡Me da usted miedo!

Pero se besaron.

Los amores en ferrocarril se desarrollan con la velocidad del tren; es cosa probada; por eso no es de extrañar la rapidez con que se desenvolvieron los acontecimientos en el confortable departamento ocupado por los dos jóvenes.

... ...
... ...

El tren trepidaba jadeante, devorando distancias y acercándose al final de su carrera: Madrid, castillo famoso.

La aurora se asomaba sonrosada por los balcones de Oriente, dando relieve a los objetos que yacían borrosos en la obscuridad, y volvía la vida y animación tras el sosiego de la noche.

Carlos se despertó y se estiró cuan largo era.

Sacó su hermosa repetición de oro y la hizo sonar : eran las cinco y media.

Un brazo de mujer, que le rodeaba el cuello,



Pero se besaron.

se aflojó indolente y la dueña de aquel brazo murmuró con languidez :

—Carlos, ya puedes descorrer la cortinilla.

V

LOS DOS COLABORADORES

El joven autor llegaba a la corte, como generalmente llegan todos los noveles escritores

provincianos, cargado de manuscritos y recomendaciones : el genio ignorado necesita alguien siempre que le empuje, que haga su presentación y le anime en la lucha.

En esta ocasión iba a ser, caso raro, una mujer la que empujase al hombre : Mercedes.

Y esta Mercedes era la compañera de viaje de Carlitos, la que le había hecho probar la dicha en un departamento de primera, porque ya habrá comprendido el lector que la cosa había pasado a mayores.

Entre rato y rato de placer se habían contado sus respectivas historias ; ella era la esposa de uno de los dramaturgos de moda, Enrique Mendoza, que se ocupaba levemente de su mujercita, enfrascado siempre en escenas terroríficas que ponían los pelos de punta.

Precisamente llevaba Carlos para él una carta de recomendación y convinieron en que se presentaría en su casa, haciéndose el desconocido completamente y luego convendrían en la forma de verse, para proseguir aquel amor, que deseaban fuese eterno, empezado en plena naturaleza y arrullado por las trepidaciones de un tren rápido, en una noche memorable de felicidad.

—¡ Pero yo quiero verte en seguida !—le había dicho Carlos con efusión—. No puedo pasar sin ti un solo momento.

—Ya me verás. Cuando te presentes en casa ten la tuya buscada ya, deja tu tarjeta y una vez conocidas las señas tendrás noticias mías. Yo también te quiero y ojalá, ¡ ay ! que no nos pese.

Desembarcaron los jóvenes en Madrid, se juraron por milésima vez amor eterno y se se-

pararon tristes, porque no podrían verse en algunos días.

—¡ Adiós, vida mía !

—¡ Adiós, rey de mi corazón !

—No olvides este viaje.

—No lo olvidaré jamás.

Cada uno tomó su coche. Mercedes se encaminó a su casa ; Carlos a la primera fonda que le ofrecieron los dependientes que siempre hay en las estaciones, aturdiendo con su vocerío a los pasajeros.

Al día siguiente se presentó Carlos Menéndez en el domicilio del popular autor dramático, si que también esposo de Mercedes, don Enrique Mendoza.

La entrevista fué muy cordial y cariñosa : el escritor madrileño lo acogió paternalmente, dándole muchas esperanzas.

—Conozco algo de usted—le dijo—y demuestra grandes aptitudes para el género. Venga usted a menudo por aquí ; tal vez será usted mi colaborador en un drama que tengo hace tiempo empezado. Lo firmaremos los dos y esto le dará algún nombre y tal vez bastante provecho.

Para que saliera Carlos más encantado de aquella casa, al final de la entrevista penetró Mercedes en el despacho, haciéndose la sorprendida al tropezarse con el joven, a quien había visto entrar.

—Mi esposa—dijo el incauto marido, haciendo la presentación— ; mi compañero don Carlos Menéndez, joven sevillano de gran porvenir.

Se saludaron con una leve inclinación de cabeza y una rápida mirada de inteligencia.

Y quedó el pacto sellado. Un matrimonio de tres, como dicen los franceses.

Desde ese día, lector amigo, todo es dicha y alegría entre los príncipes cristianos. Carlos y Enrique colaboran juntos en toda clase de obras y el éxito corona sus esfuerzos. Como autor, conquista lauros y pesetas el escritor sevillano ; como amante, goza de la dicha que a otro le roba alevosamente. Ese es el mundo ; hoy por ti, mañana por mí.

Y ha llegado la intimidad hasta el extremo de que hacen mesa redonda muchos días y se tutean los dos compañeros. Pero, eso sí ; Carlos no abusa de la hospitalidad, tal vez para no llamar la atención o para evitar un desliz que se puede cometer sin darse uno cuenta de ello.

Por otra parte, los amantes han establecido su nido de amores en el domicilio de Carlos, que empezó por emanciparse de la fonda y poner casita para vivir solo e independiente y hacer lo que le convenga sin que nadie se entere. Allí recibe a su adorada y allí se ven de ocultis, cuando ella puede tener cualquier pretexto para salir sola.

Y el marido, en la higuera.

VI

BUENA RECOMENDACIÓN

Trabajaba afanosamente Mendoza en la terminación del famoso drama que en colaboración con Carlitos Menéndez había de coronarle de gloria y redondear su fortuna, amasada a

fuerza de hacer llorar y emocionar al buen público.

Encerrado en su confortable despacho perpetraba una escena terrorífica que había de poner los pelos de punta a los espectadores. Se trataba de un marido que sorprendía a su esposa en flagrante delito de adulterio. El hombre estaba armado, el marido, ¿eh? porque los amantes son, por lo general, gentes desarmadas o desalmadas, de un revólver escandalosamente grande, y con él amenazaba ora a la infiel, ora al amante y... *ora pro nobis*. Los adúlteros le miraban con ojos espantados y cuando iba a hacer fuego, simultáneamente sobre los dos aparece...

Aparece la esposa del autor en traje de marcha, vamos, en traje de paseo, elegantemente vestida, hecha, verdaderamente, lo que se llama un brazo de mar. Estrenaba un sombrero azul, con una pluma descomunal y valiosísima.

Estaba encantadora Merceditas: a la distinción de su traje unía su belleza peregrina, sus encantos indescriptibles, unos ojos de una expresión lúbrica y soñadora, un talle gentil y flexible, como dicen que son las palmeras, un seno abultado y una parte *póstuma* ondulante, con redondeces que excitaban al dulce y sabroso *palpeo*, comienzo de lo demás.

Aproximóse cautelosamente a la mesa, acercóse a su marido, que, enfrascado en el desenlace de aquella escena, que por fuerza había de acabar mal, no se había dado cuenta de su aparición, y cuando Mendoza se disponía a cortar la situación por medio de dos tiros afortunados, Mercedes le dió un sonoro beso en una oreja, beso que a él le hizo el efecto de la primera detonación del esposo ultrajado, vengándose de la ofensa hecha en lo más recóndito de su personalidad o en la de su mujer, hablando con más propiedad.

—¿Te has asustado, vida mía?—le preguntó ella con mimo.

—¡Hola, Merceditas! — contestó Mendoza, dejando de escribir—. Estaba aquí perpetrando una escena ruidosa en mi drama y tú has venido a cortármela cuando se acercaba la catástrofe.

—Vaya, me alegro, porque así habré evitado una desgracia.

—Dos; pues se trataba de un esposo ofendido que dispara sobre los adúlteros, con tan buena fortuna, que los tiende a los dos patas arriba.

—¡Valiente posturita!

—Pero advierto que vas de tiros largos. No querrás que te acompañe, porque tengo labor para un rato.

—Al contrario, te dejo en libertad. Voy de compras, cosa que a ti te aburre y dentro de un par de horas estaré de regreso.

—Yo pienso marcharme antes.

—¡Eso sí que no!

—¿Cómo?

—Porque no puedes figurarte el placer que experimento, cuando salgo, con sólo pensar que te quedas en casita, como vigilante de ella, esperando a tu mujercita que te adora, trabajando sin cesar para que no nos falte nada...

—¡Qué mimosa eres!

—Ea, que no saldrás: dos horitas se pasan pronto, trabajando.

—Sí, sí, te esperaré; ¿estás contenta?

—¡Así te quiero yo, monín!
—¡Y yo a ti, monina!
Y con un altisonante beso se despidió aquel feliz matrimonio, muy diferente, por lo que se ve, al que le había dado motivo a Mendoza para perpetrar el drama que tenía entre manos.
Quedóse solo el notable dramaturgo y se dispuso a terminar la espeluznante escena final.
—¡Qué caprichosas son las mujeres!—exclamó—. Espere usted aquí dos horitas mortales y largas de talle a que regrese, para tener el placer de recibir el besito de bienvenida. Bueno; vamos a ver si me conviene matar a estos dos adúlteros.
Pero apenas había madurado el desenlace cuando llamaron a la puerta.
—¡Adelante!
Penetró un criado.
—Señorito—le dijo—, en la antesala hay un joven que desea hablar con usted: trae una carta de presentación del señor Menéndez.
—Que pase.
Y apareció un mozalbete de aspecto socarrón y provinciano.
—Tenga la bondad de tomar asiento, joven —le dijo el autor cortésmente—, y veamos lo que me dice mi querido Carlitos.
Abrió la carta y empezó a leer por lo bajo:

«Mi apreciable cómplice: El dador es un jovenzuelo que me lo recomiendan del país para que le ayude en su carrera literaria: es un hijo de las musas, a las que tiene molidas a fuerza de cascote y ripio. Como sé que te agrada la juventud, a la cual acostumbramos a empujar a puntapiés en la parte posterior, recíbelo bien y sufre la lata que te dará con un poema en dos o tres mil cantos rodados que tiene escrito...»

Mendoza rechinó los dientes y juró que le pagaría cara la broma su compinche.
Saltó algunas líneas y llegó a la postdata, que le dejó un poco cabizbajo.

«P. D.—Haz el favor de entretenerme a ese gaznápiro durante dos horas y ya te explicaré cuando nos veamos los motivos que me obligan a ello. Tuyo, Carlos.»

El señor Mendoza volvió a renegar de su amigo y compañero y se preguntó qué significaba todo aquello.
Pero se dió cuenta del aire intrigado del provinciano y volvió en seguida a la realidad.
—Pues, sí, joven; mi amigo Menéndez me habla muy bien de usted y aquí me tiene a sus órdenes.
—El señor Menéndez—replicó el otro—es la amabilidad personificada y no sé cómo agradecerle...
—Me habla de sus excelentes aptitudes para el cultivo de la poesía... Creo que tiene usted un poema magnífico...
—¡Oh, ni mucho menos!—contestó modestamente el joven.
—Vamos, vamos, algo valdrá... Si quisiera usted leerme un trozo...
—Con mucho gusto; pero le voy a aburrir.
—Ya lo sé... es decir, ya sé que todos los principiantes creen que sus obras tienen defectos garrafales.

—De la mía respondo que los tiene ; pero, en fin, allá va.

Y empezó a leer versos y más versos, con una monotonía aterradora.

VII

EL DIABLO TIRA DE LA MANTA

De pronto penetró el criado en la habitación.

—¿Cómo es eso, sin pedir permiso?—exclamó Enrique, satisfecho de tener con quién pagar la rabia.

—Señorito, dispense usted ; es el señor del otro día, aquel grueso y calvo, que desea verle a toda costa...

—¡Ah, ya sé, el empresario del Circo! Es un hombre que me tiene frito con su empeño de estrenar una obra mía... Dispense usted : un minuto para despedirle.

Al verse solo, el poeta sintió vivos deseos de enterarse del contenido de la carta de presentación que había entregado al señor Mendoza. Allí estaba, abierta sobre la mesa y nadie podía sorprenderle, pues se oía fuera la voz del autor, justificándose con el empresario.

Rápido devoró el texto y quedó desconcertado ante los términos que empleaba su paisano y singularmente por aquella palabra de «gaznápiro», que le hizo enrojecer de vergüenza.

—Perdóneme usted — dijo entrando Mendoza— ; es una guerra diaria con las empresas.

¡Si es que no podemos producir tanto como nos piden... !

—¡Qué dicha!—pensó el joven.

—Bueno — agregó el autor— ; haremos un pequeño alto en la lectura, tomaremos una copita y charlaremos un rato.

Sirvieron jerez y pastas y se encendieron los



—¡Mercedes!—repitió, dando un salto Mendoza.

cigarros de cajón, o del cajón del autor.

—¿Conque paisano de Carlitos, eh?— dijo aquél.

—Sí, señor ; del mismo pueblo — replicó el otro, que ya no estaba bien allí, ni le agradaba que le hablasen de Menéndez, a quien no pensaba ver más en su vida.

—Creo que ha sido un calavera en Sevilla.

—Empedernido, sí, señor. Le llamaban Carlitos el disoluto.

—¿Tanto le gustan las mujeres?

—Y especialmente las de los demás.

—¡Cuerno! — exclamó Mendoza, llevándose instinivamente la mano a la frente.

Luego dijo:

—Pero aquí parece que ha sentado la cabeza.

—No lo crea usted: raro es el día que voy a visitarle que no le encuentre con una, generalmente la misma.

—¿En su propia casa?

—¿Dónde ha de estar más seguro?

—Tiene usted razón.

—Esta mañana mismo—agregó el poeta en ciernes, que así creía perjudicar a Carlos en su reputación—no hacía cinco minutos que me hallaba allí, cuando llamaron discretamente a la puerta. Carlos abrió y apareció una joven preciosa, con un gran sombrero, porque para eso tiene gusto el condenado. Al verla exclamó: «Mi querida Mercedes».

—¡Mercedes! — repitió, dando un salto, Mendoza.

—Sí, Mercedes; ese es el nombre que oí pronunciar. Pero, ¿qué le pasa a usted?

—Diga usted... Y el sombrero... ¿de qué color era?

—Azul.

—¿Con una pluma?

—Con una pluma soberbia.

—¡Ahí se queda usted!

Y cogiendo rápidamente el sombrero se dispuso a salir.

El poeta lanzó una carcajada y le dijo:

—¡Espere usted un poco! Todavía no han transcurrido las dos horas...

La crónica escandalosa del día siguiente no relataba ningún suceso digno de comentar.

Seguramente sigue todavía la colaboración, el matrimonio de tres, como dicen los franceses.

¡Las gentes, hablando se entienden!

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

EN PRENSA

De buena boca

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona